

Historia de la inmigración sirio-libanesa en Argentina desde la perspectiva compleja del *métissage*. Aportes para una educación intercultural

History of Syrian–Lebanese immigration based on a complex perspective of '*métissage*'. Contributions for an intercultural education

Mg. Solène Bérodot y Dra. María Isabel Pozzo*
Université Lyon 2, IRICE-CONICET

Resumen

El presente artículo tiene como objetivo analizar la historia de la inmigración sirio-libanesa en Argentina a la luz de una perspectiva compleja acerca del mestizaje. A tal efecto, recurre a los desarrollos franceses referidos al '*métissage*' para analizar : a) la alusión de 'turcos' con la que se designó a los inmigrantes llegados del Levante, b) la naturaleza mestiza de la sociedad receptora y c) la relación que se estableció entre esta y los denominados 'turcos'. El estudio histórico-cultural señala posibles aportes de la educación intercultural como modo de fomentar el diálogo cultural y superar estereotipos.

Palabras clave: inmigración – Argentina – sirio-libaneses –*métissage* – educación intercultural

Abstract

This article analyzes the history of Syrian–Lebanese immigration in Argentina based on a complex perspective on crossbreeding. Bearing that in mind, the paper appeals to French authors' theoretical developments referred to '*métissage*' in order to analyze: a) the allusion of 'turcos' ('Turkish') with which immigrants arrived from the Levant were called, b) the mixed nature of the host society, and c) the relationship established between the latter and the so called 'Turkish'. The historical-cultural study points out possible contributions of intercultural education as a means of promoting dialogue and overcoming cultural stereotypes.

Keywords: immigration – Argentine – Syrian–Lebanese –*métissage* – intercultural education

Introducción

La convicción acerca de que “la característica que más refleja la realidad en la que vivimos es la de la complejidad” (Sagastizábal, 2006, p.23) supone la múltiple interrelación de los aspectos que la conforman. Asimismo, implica concebir que todo producto de un proceso es necesario para la producción del proceso, el cual se produce/reproduce a partir de una fuente exterior, según señala la autora siguiendo a Morin, Roger Ciurana y Motta (2002). Ambos presupuestos dan cuenta del alcance conceptual y metodológico -respectivamente y aquí abreviado- del posicionamiento en la complejidad. Con todo, aquello que es complejo

* **Correspondencia con las autoras:** María Isabel Pozzo, Instituto Rosario de Investigaciones en Ciencias de la Educación (IRICE-CONICET-UNR), Bv. 27 de febrero 210 bis, (2000) Rosario, Argentina. E-mail: pozzo@irice-conicet.gov.ar - a13solene@yahoo.fr

recupera tanto la incertidumbre del mundo empírico como la incapacidad de evitar contradicciones (Morin, 2005).

El mestizaje constituye uno de los principales rasgos de la realidad compleja. El reconocimiento de la mestización reviste de una enorme importancia para la educación y constituye un desafío para su comunidad toda. Las instituciones escolares, así como la educación superior y la no formal, demandan acciones y reflexiones (en un sentido recursivo) que se nutran del aporte de diversas disciplinas. La composición diversa del alumnado -y también del profesorado-, sus entornos familiares y del contexto en general, así como el lugar de la lengua y la cultura como objeto de conocimiento, constituyen algunas de las razones que justifican la indagación. En Argentina, la idea generalizada de un país monocultural ha llevado a desatender la diversidad de procedencias al interior del colectivo social o a relegar estos casos considerados aislados. El correlato de esta política –implícita o explícita- en el campo educativo se relaciona con la tendencia asimilacionista de la escuela, según la cual se tiende a disipar las diferencias en pos de un ideal común de alumno/ciudadano.

Las recientes y numerosas reflexiones en torno a la educación intercultural¹ se proponen quebrar esta ideología, aunque por el momento las prácticas áulicas presentan un desfase con respecto a la fecundidad de estas reflexiones teóricas. Parte de esta asincronía se debe a que estas teorizaciones se refieren mayoritariamente a un plano actitudinal en el que se reivindica el valor de la diversidad cultural, la importancia de promover la apertura al otro y/o la necesidad de superar posturas etnocéntricas. Se relega la dimensión cognoscitiva, conceptual, como promotora de este cambio de actitud. Esta focalización en lo actitudinal y la consecuente desatención a lo conceptual puede deberse a la enorme variedad de situaciones que se suscitan en una realidad tan compleja como la posmoderna. Este profuso repertorio de realidades imbricadas torna trabajoso su análisis, y sin embargo allí radica su cabal comprensión, asumiendo que “el conocimiento no es acumulación de datos o de información, sino su organización” (Morin, 2002, p.42).

Un ejemplo servirá para introducir el presente trabajo. Es generalizadamente sabido que Argentina es un país cuya composición poblacional se ha forjado en gran medida por el flujo migratorio de fines del siglo XIX y principios del XX. Es también conocido que

¹ Para una revisión de la educación intercultural en distintos niveles y modalidades educativos, véase Pozzo, 2009.

predominaron los italianos y españoles por sobre otras nacionalidades. La distancia temporal con respecto a los momentos de mayor ingreso nos resguarda de la “inestabilidad” que dicha variedad podría ocasionar en las aulas. A su vez, la cercanía de la cultura de los inmigrantes mayoritarios en relación con la Argentina (ambas latinas) y el trabajo uniformador de la educación del siglo XX infunden el sentir que aquella inmigración no constituye un verdadero problema. Con respecto a la inmigración actual proveniente de países limítrofes, por el hecho de hablar nuestra misma lengua² y su situación socioeconómica desfavorable, tendemos a asociarla a los sectores urbano-marginados locales, y así, casi no distinguimos la condición de un hijo de inmigrante limítrofe con la de los migrantes internos. Finalmente, la presencia de inmigrantes orientales -particularmente del Lejano Oriente- se ha tornado notoria (Finocchio, 2010), y su supervivencia en el sistema educativo dependerá de su suerte para aprender la lengua y la cultura de la sociedad receptora (Cavallini, 1999; Gasparini, 2006; Pozzo, 2006).

Aunque reduccionista, esta descripción es frecuente en el imaginario educativo argentino. En este marco, entender y conocer la cultura del otro tiene poca cabida para cambiar esta postura. El reconocimiento de la diversidad propia de contextos multiculturales requiere de exhaustivos estudios transdisciplinarios que tiendan al conocimiento de cada realidad y en relación con el grupo de acogida. Con tal convencimiento, en el presente artículo nos abocamos a este trabajo de *conocimiento* para el *reconocimiento* del otro distinto y los avatares entre un determinado grupo étnico y la sociedad anfitriona. En particular, nos dedicamos a la colectividad sirio-libanesa en Argentina. De esta manera, intentamos quebrar esa imagen simplificadora antes descripta, para atender en profundidad un grupo que es parte de ese colectivo de inmigrantes. El conocimiento profundo del devenir de esta inmigración hasta formar parte de la población argentina contribuirá a superar estereotipos y a realzar el acervo cultural que yace en estos grupos (aún en los más lejanos descendientes) para concretar efectivamente los ideales de la educación intercultural en el seno de la sociedad anfitriona.

Sobre el *métissage* y la inmigración

² Nos referimos concretamente a los peruanos, bolivianos y paraguayos.

Del mestizaje al *métissage*

El mestizaje es una característica particularmente notoria de América Latina, donde conviven desde hace siglos hombres de distintas latitudes. Para Laplantine y Nouss (1997), América Latina es el ejemplo vivo del *métissage*

donde se reunieron una multitud de culturas.

... (le) continent latino-américain, continent en voie de délatinisation, sur lequel les transformations par le divers sont au moins autant significatives que la reproduction du même. (...) Ce que ces Amériques –qui ne sont donc pas latines- ont inventé, c’est un style de vie, des manières d’être, des façons de voir le monde, de rencontrer les autres, de parler, d’aimer, de haïr, dans lesquels la pluralité est affirmée non comme fragilité provisoire, mais comme valeur constituante (p. 34).

Estos autores plantean que el *métissage* va más allá de una cuestión física o genética: abarca todos los aspectos culturales, el modo de actuar y de pensar. Refieren, por ende, al sentido complejo del mestizaje. “Complejidad” y “mestizaje” comparten la ecuación paradójica de lo uno y lo múltiple; aluden a “constituyentes heterogéneos inseparablemente asociados” (Morin, 2005, p. 32). En el mismo sentido, Audinet (1999) sostiene:

Ainsi donc, en sous-sol du débat sur le métissage court, comme un fleuve invisible, l’aventure à long terme de l’avènement des êtres humains dans leur évolution millénaire, portée par la puissance de leur désir. Le métissage apparaît alors comme une sorte de point de cristallisation, des grands enjeux de la rencontre interhumaine: la différence, le mélange et le corps. Peut-être est-ce ce qui rend tout débat si ambigu, le lestant à la fois de son poids d’humanité, mais aussi de passion. Toucher au métissage c’est toucher à l’évolution humaine, au corps et au désir. (...) L’être humain est mélange, rencontre d’éléments divers sans cesse brassés, du corps et des gènes, du cœur et de l’esprit, des sociétés et des civilisations. Le métissage représente l’une des

dimensions fondamentales, parce que fondatrice, de l'aventure humaine (p. 66-67).

Esta construcción, resultante de la historia de un mosaico de pueblos, abarca a casi todos los confines de la Tierra. El territorio latinoamericano, sin embargo, descolla por su considerable diversidad. Además de los pueblos originarios y de los españoles, estaban presentes en el territorio latinoamericano africanos traídos para trabajar como esclavos en las plantaciones. Estos tres grupos raciales cuentan con una denominación específica, ya que “*Le métissage est un mélange de ‘races’ au sens où, selon la conception populaire, les groupes de couleurs sont tenus pour tels*” (Bessaignet, 2004, s/p). Así, los *mestizos* son los descendientes de españoles y de indígenas; los *mulatos*, de españoles y de africanos, y los *zambos*, de africanos y de indígenas. Esta tipología se proyecta también a los nietos según el “color” de sus abuelos.

El concepto de *mestizaje* producto de la colonización se extiende a toda Latinoamérica. La noción de *raza* estaba por entonces en auge y su mezcla era vista como una degeneración: “Une croyance répandue affirme que l’origine biologique des métis conditionne leur psychologie: ils auraient tous les travers des races dont ils sont issus et aucune de leurs qualités; le métissage serait une dégénérescence dont l’extension menacerait la société” (Bessaignet, 2004, s/p).

El mismo autor afirma que “... la société coloniale, tout en mélangeant les couleurs et en atténuant du même coup les différences, en perpétue les distinctions. Le métissage est, par certains côtés, l’inverse d’une fusion” (Bessaignet, 2004, s/p). Esta concepción del mestizaje como una degeneración ha sido superada por teóricos que retomaron el término con un sentido nuevo, alejado del yugo colonial.

Biologiquement mieux préparée à dominer un environnement en transformation constante, une humanité qui résulterait d’une fusion des peuples qui la composent serait peut-être, du même coup, mieux apte aussi à s’accommoder des bouleversements que, sur le plan social, l’époque lui réserve, voire à les susciter. Par leur situation à l’écart des cadres établis, les groupes issus des mélanges ont toutes les chances d’être à la pointe des grandes mutations, car –on peut y voir une constante de l’histoire- c’est toujours des

groupes marginaux que dépend le renouvellement des sociétés (Bessaiguet, 2004, s/p).

Optamos por usar el término *métissage* en francés por varias razones. Primero, para diferenciarlo claramente del *mestizaje*, confinado a aspectos puramente raciales y con una carga despectiva por la pérdida de la pureza; segundo, porque es a partir de los desarrollos de autores franceses -François Laplantine, Alexis Nouss y Jacques Audinet- que vamos a tomar este concepto.

En somme, si le mot se répand ce n'est que comme symptôme d'autre chose, de la prise de conscience que nos sociétés sont devenues des sociétés plurielles, multi-ethniques et ce, dans une proportion jamais atteinte au cours de l'histoire de l'humanité. (...) On parle de métissage, non plus seulement des individus, mais des groupes, des manières de parler et de vivre, des vêtements et de la cuisine, des religions aussi, en un mot de 'métissage culturel' (Audinet, 1999, p. 7-8).

Desde esta perspectiva, acordamos con Morin (1988) al sostener que una cultura pura no existe, sino que todas ellas son mestizas. Se trata, por tanto, de estudiar a cada una de ellas en su singularidad. El *métissage*, la combinación, la mezcla entre distintos pueblos que se distinguían por rasgos específicos data de un pasado remoto. Según Morin (2002), “la historia general de la humanidad comienza con la diáspora del homo sapiens por todo el planeta” (p. 81).

Dentro de América Latina, el *métissage* es aún más perceptible en Brasil y Argentina por la inmigración que hubo en estos países desde la llegada de los primeros conquistadores y con un ritmo más acelerado después de la independencia de las metrópolis española y portuguesa. En Argentina es habitual escuchar: “Los mejicanos descienden de los aztecas, los peruanos de los incas, mientras los argentinos descienden de los barcos”.

En el presente artículo nos proponemos examinar la inmigración sirio-libanesa en la sociedad argentina desde el matiz conceptual del mestizaje y el *métissage*. Para ello es preciso remontarse a los orígenes de esta inmigración, del modo en que Morin (1988) realiza su

estudio sobre Europa: “nuestra intención no es tanto pensar la Europa pasada, sino pensar la Europa presente a partir de su pasado” (p. 25).

Los argentinos “descienden de los barcos”

La inmigración es un hecho constituyente del actual *métissage* de Argentina y de la sociedad en sí. Sélim Abou (1998), en un libro en el que reproduce la autobiografía de cuatro descendientes de libaneses, expresa indignado la ausencia de historias de inmigrantes en libros escolares, desplazadas por la de conquistadores y libertadores. Como Abou, queremos resaltar *les minuscules destins* de aquellos inmigrantes que contribuyeron a hacer de la Argentina lo que es en la actualidad.

Entendemos la inmigración como la define Devoto (2003): “... trabajadores libres, engañados a veces, obligados por las circunstancias otras, pero que ejercitan un acto de voluntad” (p. 26). Descartamos de los denominados “inmigrantes” tanto a los esclavos como a los funcionarios, sean civiles o militares, laicos o eclesiásticos.

Frente al desprecio por los pocos autóctonos que resistieron a la exterminación española, la clase dirigente argentina veía en la inmigración una fuente civilizadora del país. Bernardino Rivadavia, primer presidente de la nación, quería “favorecer un cambio que permitiese acabar con la herencia hispánica y católica (...). En este sentido, se inscribía su voluntad de promover una inmigración de protestantes que, como era imaginable, debía suscitar todo tipo de reacciones” (Devoto, 2003, p. 212). Sarmiento también apoyaba a la inmigración europea, pensando que paulatinamente iban a terminar con la barbarie que juzgaba característica de los pueblos nativos.

La Constitución de 1853 favorece a la inmigración, pero selectivamente. Los artículos 20 y 25 se refieren directamente a ella. El primero menciona a los extranjeros sin referencia al lugar de origen, pero ya el segundo precisa que se “fomentará la inmigración europea”. Asimismo, este último focaliza ciertas profesiones, excluyendo la de comerciante, que fue precisamente la ejercida por la mayoría de los recién llegados.

Es destacable, en cambio, la libertad de culto. No obstante, la apertura religiosa era una manera de responder a la intención de Rivadavia de favorecer a los protestantes. Esta decisión tendría consecuencias inimaginables con la inmigración posterior proveniente del continente asiático, que practicaba, entre otras religiones, el Islam.

A partir de la implementación de la Constitución, la inmigración aumentó considerablemente sin cesar, incluso con algunos vaivenes debidos a la situación política y/o económica tanto en los países emisores como en el receptor. Así, ante la crisis mundial de 1873, el Estado va a promulgar una ley para volver a fomentar la inmigración. Se sanciona en 1876 la Ley de inmigración y colonización, llamada “Ley Avellaneda”, por quien fuera precursor de la norma. La llegada de mano de obra para estimular la producción y el trabajo en la tierra era facilitada por beneficios tales como alojamiento gratuito a la llegada o adjudicación de tierras públicas (Devoto, 2003), además de pasajes de tren gratis hacia los destinos provinciales.

La preferencia por los inmigrantes provenientes del norte de Europa estaba siempre vigente, a quienes la élite criolla consideraba como más aptos al trabajo y más serios. La colonización agrícola constituía una manera de poblar grandes territorios con grupos provenientes de un mismo país. Se formaron principalmente en las provincias de Entre Ríos y Santa Fe, mayormente conformadas por franceses, alemanes, italianos y rusos. Cultivaban la tierra en parcelas cuya distribución se hacía por vía pública o privada. Ante el arribo de los inmigrantes, estas tierras no tenían dueños con título de propiedad. Para darlas a unos había que echar a otros y los pueblos originarios fueron víctimas de este despojo.

En 1902 se promulgó otra ley como respuesta a una huelga general. La Ley de Residencia autorizaba al Poder Ejecutivo a expulsar o a apartar a todo extranjero cuya conducta fuera considerada peligrosa para la seguridad nacional o el orden público (Devoto, 2003). Esta ley represiva será la primera expresamente restrictiva y podía fácilmente conducir a abusos discriminatorios³.

Paralelamente al intento de control de los que llegaban a ‘su’ territorio, la oligarquía argentina reducía el número de indígenas aún presentes, considerados como a los bárbaros que había que eliminar para realizar su supuesto plan de civilización. En 1879, el General Roca se

³ La Semana Roja en 1909, la Semana Trágica en 1919, la Patagonia rebelde en 1920-1921.

propuso exterminar la población autóctona, durante la ofensiva denominada “conquista del desierto”. La oligarquía criolla tenía ambiciosos proyectos agrícola-ganaderos cuya contracara era el odio hacia los indígenas.

Los inmigrantes tampoco tuvieron demasiados reparos con la población autóctona. Muchos aprovecharon este menosprecio para ascender rápidamente en el sistema. “... aunque muchos provinieran de zonas bastante atrasadas del Sur de Europa, traían un caudal de cultura campesina o artesanal, que les facilitaba saltar por encima de las clases populares nativas, y aún de los estratos medios del interior” (Di Tella, 1989, p. 212).

En 1919, bajo el gobierno de Irigoyen, entraron en vigor dos decretos que reglamentaban el artículo 32 de la Ley de inmigración de 1876, estableciendo que para ingresar a la Argentina se necesitaba obtener certificados de falta de antecedentes penales, de no mendicidad y de salud mental (Devoto, 2003). Estas restricciones dieron nacimiento a nuevos oficios relacionados con la falsificación de documentos.

A partir del censo de 1914 se advierten algunos cambios en la procedencia de los inmigrantes. Aún son los italianos y los españoles los más numerosos, representando en 1923 el 72 % del total de extranjeros (Devoto, 2003). Pero los rusos (principalmente judíos) superan en número a los franceses, seguidos de los que llegan del Imperio Otomano.

La llegada de los ‘turcos’

El Imperio Otomano

El Imperio Otomano se constituyó en 1299, encabezado por el pueblo turco musulmano. Era una “(...) vaste formation politique qui englobe, à son apogée, des territoires d’Europe centrale, les Balkans, l’Asie Mineure, la Mésopotamie et une partie de la Péninsule arabique et de l’Afrique du Nord.” (Pascual, cit. en Raymond, 1980, p. 31). Esta entidad política tuvo bajo su dominio, como lo precisa Jean-Paul Pascal, a varios pueblos árabes, como los actuales países de Siria, Líbano y Palestina, a partir de 1516. Los territorios estaban divididos en

provincias o *pachaliks* en el interior del cual cada comunidad religiosa era agrupada en los llamados *millet*, a los cuales el poder otomano atribuía autonomía administrativa.

Es por la pertenencia a este imperio que se explica la equivocada apelación de los inmigrantes provenientes del Levante bajo el calificativo de “turcos”. Cuando llegaron a Argentina, tenían pasaportes del Imperio Otomano donde figuraba “turco” como nacionalidad. A la disolución de dicho imperio en 1918, tras perder la guerra junto a sus aliados alemanes, la falsa denominación quedó anclada en el habla popular. Además de este error se asimiló otro en cuanto a la religión de estos inmigrantes. El Imperio Otomano estaba encabezado por musulmanes, pero contaba con un número importante de comunidades de diversos credos religiosos y fueron principalmente los que no eran musulmanes quienes emigraron. La lejanía asociada al exotismo de este lugar favorecieron las falsas imágenes que quedaron arraigadas hasta la actualidad.

La adopción del término “turco” es, además de equivocada, hiriente, ya que la mayoría de los emigrados huían de la opresión del Imperio Otomano, o por lo menos se reconocían como pertenecientes a los pueblos árabes.

La afiliación del pueblo sirio y libanés empieza realmente en el siglo VI, con dos califatos sucesivos en poder de los árabes: el de los omeyya, de 660 a 750, que precede al de los abbasí, de 750 a 1258.

Daremos una definición sucinta de los árabes citando a Rodinson (1991):

Nous pouvons (...) considérer comme appartenant à l'ethnie, peuple ou nationalité arabe ceux qui :

-parlent une variante de la langue arabe et, en même temps, considèrent que c'est leur langue «naturelle», celle qu'ils doivent parler, ou bien, sans la parler, la considèrent comme telle.

-regardent comme leur patrimoine l'histoire et les traits culturels du peuple qui s'est appelé lui-même et que les autres ont appelé Arabes, ces traits culturels englobant depuis le VIIème siècle l'adhésion massive à la religion musulmane (qui est loin d'être leur exclusivité)

- (ce qui revient au même) revendiquent l'identité arabe, ont une conscience d'arabité (p. 51).

Esta concepción no implica caer en el “orientalismo”, definido por Saïd (1980) como el “(...) style de pensée fondé sur la distinction ontologique et épistémologique entre “l’Orient” et (le plus souvent) “l’Occident”. (...) l’orientalisme est un style occidental de domination, de restructuration et d’autorité sur l’Orient” (p. 15).

Los motivos de la primera emigración

Los emigrados de las zonas súbditas al Imperio Otomano huyeron por varios motivos. Las personas pertenecientes a comunidades no musulmanas se fueron en parte por disconformidad. Los que no eran musulmanes tenían que pagar un impuesto, y aunque exentos de servicio militar, en la Primera Guerra Mundial tuvieron que incorporarse a los contingentes otomanos. El Imperio impidió la emigración hasta 1908, año de la revolución de los jóvenes turcos. Esta prohibición explica el escaso número de llegadas anteriores a esta fecha.

La mayoría de los autores acusan al despotismo otomano a secas. Sin embargo, el problema es más bien de jerarquía social. El gobierno central dirigía un territorio tan amplio que atribuía poderes a los gobernadores de provincia. En estas subdivisiones, los dirigentes, ávidos de poder, expresaban su tiranía.

La dificultad nace más allá de la dominación del Imperio, y persistirá hasta el siglo XXI. La población está dividida en una multitud de confesiones y las potencias europeas comienzan a aprovecharse de sus conflictos internos para insertarse paulatinamente en el Imperio Otomano ya decadente. La situación es más compleja que una simple oposición entre cristianos y musulmanes. Una gran cantidad de personas emigraron desde la zona del Monte Líbano, donde se enfrentaban maronitas y drusos⁴. En este contexto, los países europeos, lejos de proteger a las comunidades, estaban interviniendo para ganar aliados y poder colonizar los futuros países liberados del Imperio Otomano con más facilidad.

⁴ Incluso si su religión se inspira en el Islam no son reconocidos por los musulmanes.

La emigración, más que por una razón de confesiones, podría ser explicada por una reivindicación de arabidad, que se manifiesta a finales del siglo XIX en los súbditos árabes:

Au sein de cette société, dans son ensemble favorable au régime ottoman, s'esquisse cependant un mouvement de mécontentement né de la mauvaise administration ottomane, du despotisme du sultan et de la prédominance turque; ce mécontentement ne débouche sur l'idée d'un Etat arabe que chez quelques jeunes Chrétiens dès les années 1880... (Pascual, cit. en Raymond, 1980, p. 51).

Este podría ser uno de los motivos de la emigración, además del hambre y las dificultades económicas.

Frente a la prepotencia del Imperio Otomano, los mismos turcos estaban desconformes y surgió una oposición en contra del sultán Abdul-Hamid. Se trataba del “Comité d'Union et Progrés” (Pascual, cit. en Raymond, 1980) que luego de una revolución asciende al poder en 1908. Los árabes siguen emigrando; el llamado “Movimiento de los Jóvenes turcos” acentúa la identidad turca en el interior del sistema y los árabes son cada vez más activos en su voluntad de fundar una entidad árabe. Esta aspiración fracasa a pesar de la caída del Imperio Otomano, ya que Francia e Inglaterra venían preparándose desde hacía tiempo para repartirse y administrar los países árabes. Correlativamente a su afán de dominio, Europa “europeizó el mundo y mundializó el europeísmo” (Morin, 1988, p.57). Francia instaurará mandatos en Siria y en el Líbano, que alcanzarían su independencia recién en los años cuarenta.

Estas causas llevaron a los emigrados no solamente a Argentina sino también hacia Estados Unidos, Francia y Egipto. Otros destinos como Brasil, Chile y Méjico adquirieron luego una dimensión significativa.

Una inmigración tardía

En comparación con los contingentes europeos, los procedentes del Imperio Otomano llegaron posteriormente a la Argentina, a partir de la década de 1860-1870. “Entre 1871 y

1880 entran al país 672 ‘turcos’, un 0,26 % del total de la inmigración al país” (Bestene, 1988, p. 244).

Dado que los árabes llegaban con sus pasaportes otorgados por el Imperio Otomano, no se establecían diferencias entre ellos y los turcos. Sin embargo, éstos últimos parecen haber sido aún más escasos en Argentina. En el censo nacional de 1869, todavía no aparece ningún dato acerca de la población de esta procedencia. En los de 1895 y 1914 se menciona únicamente a la nacionalidad turca. Ni siquiera después del desmembramiento del Imperio Otomano en 1918 se denominaron por su lugar de origen. En el censo nacional de 1947 aparecen finalmente tanto los sirios como los libaneses.

Esta falta de identificación es importante en la representación que el pueblo argentino se construyera de ellos y de la que ellos mismos van a forjarse a través de la mirada de los demás. Lejos de su patria, estarán desvinculados de sus propias raíces también por no ser reconocidos como ciudadanos sirios o libaneses.

De 1881 a 1890⁵ se registra un aumento importante en comparación con la década anterior, representando un 0,42 % del total de los extranjeros.

La crisis de 1890 afectó tanto a la inmigración de este origen como a las demás, reduciéndose su entrada a 21 personas en 1891. A partir de 1897, volvieron a entrar al país más de 1.000 al año.

El cambio de poder en el Imperio Otomano en manos del “Movimiento de los Jóvenes turcos”, que restableció la legalidad de la emigración, se nota considerablemente en las llegadas. A partir de 1909, el número de personas contabilizadas aumentó casi 80 veces, lo que los lleva a alcanzar a la presencia francesa. Los franceses figuraban dentro de los mayores contingentes, pero luego empiezan a reducirse y poco a poco los llegados del antiguo Imperio Otomano serán más numerosos.

⁵ Las estadísticas están tomadas de las Memorias del Departamento de inmigración (Bestene, 1988).

La Primera Guerra mundial hace decrecer los arribos y aumentar la proporción de retorno al país de origen, lo que da como consecuencia un saldo negativo entre las entradas y las salidas: en 1919 llegan 176 “turcos” y se marchan 3.715.

A partir de 1920 vuelve a aumentar el número de entradas, alcanzando los 4.854 sirios y libaneses en 1923. Este incremento se estabiliza hasta caer de nuevo debajo de las 1.000 entradas durante un largo periodo hasta las respectivas independencias del Líbano y de Siria, en 1943 y 1946. Sin embargo, las salidas desde la Primera Guerra mundial son relativamente importantes en relación con las entradas.

Se nota un aumento de musulmanes y drusos a partir de los años 1920. Siria y el Líbano están bajo mandato francés y estos favorecen a los cristianos, ya que son mayormente los maronitas quienes están en el poder.

A partir de los años 1930, además de la crisis económica mundial y de la llamada ‘década infame’ en Argentina, los sirios y libaneses empiezan a emigrar hacia nuevos destinos como Australia y Canadá.

En el censo de 1947 se diferencian los sirios de los libaneses; los primeros son 32.789 y los segundos 13.505. Reunidos representan una suma mayor al número de franceses, pero están todavía atrás de los españoles, italianos y judíos. En 1960, son 23.344 los sirios y 13.028 los libaneses que figuran en el censo nacional. Como puede advertirse, hay más sirios que libaneses asentados en Argentina. Los libaneses prefieren al país vecino de habla portuguesa: Brasil cuenta con el mayor número de emigrados libaneses y descendientes de los mismos en el mundo.

Después de 1950 se estabilizan las entradas en suelo argentino: “En los años cincuenta, cuando al descenso de la presión de la mano de obra europea se sumó el agravamiento de la situación económica argentina, la inmigración comenzó a reducirse” (Devoto, 2003, p. 411). En dos décadas se reduce tres veces el número de inmigrantes en Argentina. Otros países resultan más atractivos para quienes buscan un mejor porvenir.

La independencia tanto de Siria como de Líbano lleva a un desarrollo histórico propio de cada uno de los países, los cuales van a tener movimientos inmigratorios claramente diferenciados.

De hecho, a partir de 1945 asciende el número de inmigrantes libaneses, superando en algunos años a los sirios.

Los descendientes de árabes son hoy en día considerados como el tercer grupo de origen inmigrante en Argentina, después de los italianos y de los españoles. El número exacto es difícil de obtener, y además es un dato prescindible en la perspectiva del *métissage*. Era importante establecer un cuadro descriptivo de los que llegaron de Medio Oriente para cuantificar su influencia en la Argentina *métisse*. Los que siguen llegando son escasos; sin embargo, tienen también un papel relevante.

Los “asiáticos”, unos inmigrantes no deseados

Liliana Bertoni (1994) analiza la representación de los llamados “turcos” en varios periódicos de principios de siglo. Los resultados dejan ver una cantidad de calificativos peyorativos en contra de ellos, tratándolos de vagos, mendigos o sucios. La principal actividad que realizaban -el comercio ambulante- no era apreciada. Se hicieron visibles a partir de 1889, en vísperas de la crisis económica, por lo cual aparecen como los chivos expiatorios.

El exotismo era la mayor causa del rechazo hacia los turcos. Este pueblo, llegado de un horizonte tan lejano que la gran mayoría de la gente no sabía siquiera ubicar en el mapa, era identificado como bárbaro.

El idioma era también un escollo para la comunicación entre estos pueblos. La extrañeza de los sonidos del idioma árabe para los argentinos y la dificultad de los árabes para aprender el español obstaculizó la intercomprensión. Ante esto, los sirios y libaneses recibirán el calificativo de “turcos”, colmado de estereotipos.

Los provenientes de Medio Oriente eran englobados en la denominación de “asiáticos”, y en este marco se los oponía a los “europeos” de forma maniquea. Esta designación cargada de estereotipos negativos se debe a Juan Alsina, director de Departamento de Migraciones hacia 1910. La hostilidad hacia estos pueblos “asiáticos” fue, según Eduardo Azize (2001), expresamente declarada por la Dirección Nacional de Inmigración:

... el 20 de enero de 1928, esa repartición envió una nota al Ministerio de Relaciones Exteriores para restringir la inmigración de aquellas personas provenientes del Medio Oriente, y pocos días después éste le envía instrucciones precisas a los consulados argentinos en ese sentido, para que negaran las visas (p. 7).

La imagen despreciativa expresada tanto por los diarios como por los políticos se instaló en el pueblo, que manifestaba un cierto rechazo en contra de los inmigrantes del Levante. Esta actitud es particularmente notoria en la aristocracia que no estaba dispuesta a compartir su prestigio social.

¿Un intento de revalorización?

La hostilidad entorpeció las actividades de los hablantes de lengua árabe hasta en el aspecto económico. Los bancos no confiaban en ellos, y les negaban el crédito. Ésta fue la causa de la apertura del Banco Sirio Libanés del Río de la Plata, fundado el 30 de abril de 1925 por Moisés José Azize. Esta misma persona creó el Patronato Sirio Libanés de Protección al Inmigrante, el 28 de marzo de 1928, para ayudar a los recién llegados árabes, excluidos de los privilegios de la ley de inmigración y colonización de 1876. El Patronato representaba la comunidad árabe y gracias a su desempeño "... empezaron a solucionarse los problemas de radicación, documentación, ingreso de familiares de la colectividad" (Azize, 2001, p. 7).

Estos reclamos resultaron exitosos. De "poco útiles" pasaron a ser reconocidos por la acción que desempeñaron trayendo sus mercancías. Bestene (1988) informa que "Durante el gobierno de Justo (1934) se produce el cambio de la política migratoria, colocando a los sirio-libaneses en el mismo nivel que los inmigrantes europeos" (p. 65). De hecho, la Dirección Nacional de Migraciones proclamó la Resolución N°5675/75 para revalorizar a los inmigrantes "turcos": "Destacar a la consideración pública el aporte migratorio de los pueblos de lengua árabe en la formación del pueblo argentino, especialmente su integración con la Nación misma, en todos sus valores morales, espirituales y materiales" (Azize, 2001, p. 7).

A pesar de los actos de reconocimiento de parte del gobierno, quedó presente una cierta idea exótica del inmigrante que llegó del Medio Oriente y de sus descendientes.

A modo de conclusión: para llegar al *métissage*

Han transcurrido 150 años desde que llegaron los primeros inmigrantes del Imperio Otomano a Argentina, y 110 años desde la ola más importante. Los actuales descendientes son sus hijos, nietos o bisnietos. Durante estas décadas transitaron generaciones y forjaron instituciones, entablando una dialógica compleja con la sociedad anfitriona.

Los matrimonios mixtos entre la sociedad criolla argentina y los inmigrantes, y entre inmigrantes de distintas procedencias contribuyeron a aminorar el rechazo de una aristocracia nativa por los descendientes de una colectividad en particular. Estas uniones permitieron también entablar vínculos con comunidades distintas al interior de un mismo seno familiar. Sin embargo, la necesidad de reencontrar sus orígenes es inherente al ser humano (Taboada-Leonetti, cit. en Camilleri, 1990). Según Saad Chedid, esta búsqueda es más acentuada en Argentina:

Ces derniers temps, la société argentine et en particulier les jeunes descendants d'immigrants découvrent le besoin de chercher leurs racines. Découvrir leurs racines est devenu pour eux une sorte d'obsession qui exige une véritable introspection. Journaux et revues, programmes de radios et de télévisions soulèvent le problème de la quête des racines toujours en référence aux différents groupes d'immigrants (cit. en Nancy, 1998, p. 51).

Dirk Hoerder (1995) destaca la necesidad de una gradual adaptación tras la migración para evitar un quiebre en la identidad de la persona, una ruptura brusca de las relaciones con la cultura de origen. El deseo de conservación y de protección de la identidad propia está presente tanto en los habitantes del país receptor como en los recién llegados. Suele traducirse de parte de los primeros en una estigmatización del extranjero, y de los segundos en una idealización de su cultura de origen. Los inmigrantes crean una imagen de sus países de origen que los demás grupos toman por real. La conducta de uno es generalizada como la manera de comportarse de todos los otros, y así nacen los estereotipos, esas creencias consensuadas que parten de presuponer sin conocer y desde allí generalizan rasgos particulares a todo un grupo social (Sagastizábal, 2006).

Según Peyre (cit. en Camilleri, 1990), el largo plazo es imprescindible en el fenómeno del *métissage*, tanto para transformar la mirada que se tiene de los extranjeros como para cambiar la apreciación que tienen los foráneos acerca de ellos mismos. Con ello, es sorprendente que después de más de un siglo de convivencia entre comunidades múltiples, se siga aludiendo a los descendientes según el origen de un lejano tatarabuelo.

En el caso que nos ocupa, la distancia geográfica y cultural entre el Levante y Argentina dificultó una mirada sin prejuicios (o estereotipos de connotación negativa). La forma de ser aludidos –recurriendo para un rasgo tan constitutivo nada menos que a la denominación de los “enemigos”–, la religión generalizada de sobremanera, las dificultades de intercomprensión lingüística, y los “desencuentros” con las expectativas del gobierno nacional acerca de la inmigración (que prefería la de origen noreuropeo, de religión protestante y dedicada a las actividades productivas) indican la complejidad de este proceso migratorio. Y sin embargo, ante esta rica trama histórico-cultural, ¿qué recupera la escuela a través de sus descendientes? ¿Qué aspectos se hacen presentes en el aula, sea de manera velada o explícita? ¿Sobreviven estereotipos? ¿Cuáles? ¿De qué modo se manifiestan? ¿Qué ocurre específicamente con respecto a los sirio-libaneses natos o descendientes?

Las respuestas a estos interrogantes están supeditadas a la existencia de un modelo de alumno monocultural. Esta concepción puede asumir dos manifestaciones. Una de ellas es la construcción de estereotipos que tienden a cristalizar atributos montados sobre el desconocimiento o conocimiento parcial acerca de algún rasgo. En el caso de la colectividad sirio-libanesa, nos hemos referido a la propia denominación utilizada por la sociedad receptora, y el conocimiento pormenorizado del trasfondo histórico nos ha mostrado la gravedad del “desliz”. La manera de desarraigar los estereotipos es –más que el tiempo transcurrido– el conocimiento razonado. “La reflexión (...) es la aptitud más rica del pensamiento, el momento en que éste es capaz de autoconsiderarse, de metasistematizarse” (Morin, 2002, p. 37). El *métissage* y una concepción dinámica de la identidad puede ser una manera de sortearlos y le cabe a la educación encararlo.

La otra manifestación de la concepción monocultural de la sociedad es la negación de la diversidad o la reducción simplificadora del acervo cultural social y familiar. En este segundo caso, la desatención puede no ser tan hiriente como el estereotipo, pero empobrece las

prácticas áulicas diarias, que desaprovechan la rica fuente de vivencias, informaciones, documentos históricos que están presentes en las historias familiares de aquellos primeros inmigrantes, o en el propio hogar de las últimas oleadas⁶. El aprovechamiento de este reservorio cultural da lugar también a la posibilidad de reflexionar sobre las representaciones sociales devenidas en estereotipos. Historia oral, relatos autobiográficos, historias de vida familiar, son algunas estrategias posibles para tomar el *métissage* como objetivo a alcanzar a través de una educación intercultural.

A su vez, el conocimiento del “otro” como sujeto culturalmente contextualizado permite establecer la distancia cultural entre la cultura propia y la ajena, y aproximarse al modo, ámbito y grado en que se tensan adaptación y resistencia. La reflexión es particularmente interesante si consideramos que los “otros” son posiblemente “nosotros mismos”, en tanto “los argentinos son hijos de los barcos”, como describiéramos anteriormente. Asimismo, las migraciones son incesantes y configuran un estado caleidoscópico de sociedad -y por ende del aula-, en el cual la única constante es la necesidad de responder a formaciones sociales culturalmente diversas. Es a esta problemática a la que este estudio intenta aportar, al tiempo que invoca la necesidad de futuros estudios acerca de la inserción de esta colectividad en ámbitos educativos de Argentina.

Según Morin (1988), la apertura y el retorno a las fuentes están ligados. Como dijera T.S.Elliot para la literatura, el autor francés sostiene para todo aquello que sea cultura que la posibilidad de renovarse, de acceder a una nueva etapa creadora depende de su facultad de asimilar influencias extranjeras, y de su facultad de retornar a sus fuentes e instruirse en ellas. En tal sentido, Morin (1988) ejemplifica cómo los japoneses han podido asimilar la civilización occidental “con el alma japonesa”, al tiempo que invoca la necesidad de que Europa asimile los pensamientos que no son europeos “con el alma europea”. En el caso de las migraciones, apertura y retorno se entrecruzan: la apertura de los anfitriones para nutrirse del legado de los inmigrantes libres de prejuicios y el retorno a la cultura de origen de los inmigrantes para no ser asimilados por la sociedad receptora. A su vez, la apertura de los emigrados para forjar esperanzas en el nuevo suelo, y el retorno de los argentinos a sus propias fuentes, cuya migración ya es parte constitutiva.

⁶ En el caso de los inmigrantes arribados recientemente, el desinterés de la escuela por la cultura de origen acentúa la distancia cultural entre la escuela y la familia y predispone al fracaso, como analiza detalladamente Sagastizábal (2006) con respecto a los alumnos de sectores urbano-marginados.

En síntesis, para entender una sociedad *métisse*, primero hace falta deconstruirla para conocer los elementos que la componen. Anhelamos que nuestro estudio haya contribuido a ello.

Bibliografía

- Abou, S. (1998). *Liban déraciné. Immigrés dans l'autre Amérique*. Paris: L'Harmattan.
- Audinet, J. (1999). *Le temps du métissage*. Paris: Les Éditions de l'Atelier.
- Azize, E. (2001). Los árabes en la cultura nacional. *Todo es historia*, 412, 6-24.
- Bertoni, L. (1994). De Turquía a Buenos Aires. Una colectividad nueva a fines del siglo XIX. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 26, 67-94.
- Bessaingnet, P. (2004). Metissage. En *Encyclopædia universalis*. París : Universalis. DVD.
- Bestene, J. O. (1988). La inmigración sirio-libanesa en la Argentina. Una aproximación. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 9, 239-268.
- Bestene, J. O. (1997). Dos imágenes del inmigrante árabe: Juan A. Alsina y Santiago M. Peralta. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 36, 281-303.
- Camilleri, C. (Dir.). (1990). *Stratégies identitaires*. Paris: PUF.
- Cavallini, R. (1999). Intento de alfabetización en español en una comunidad de «taoneses» provenientes de Taiwán. Ponencia presentada en *III Jornadas de Etnolingüística* de la Escuela de Antropología, Universidad Nacional de Rosario, Rosario.
- Devoto, F. (2003). *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Di Tella, T. (1989). El impacto inmigratorio sobre el sistema político argentino. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 12, 211-230.
- Finocchio, S. (2010). Migración y educación: Sentidos y desafíos de una trama con matices. *Revista Todavía*, 23. Recuperado de <http://www.revistatodavia.com.ar/todavia24/23.migraciones02.html>
- Gasparini, R. (2006). Logros y dificultades en la adquisición de una lengua configuracional : coreanos aprendientes de español. En M. I. Pozzo, (coord.), *Enseñanza del español como lengua extranjera en Argentina: experiencias y reflexiones*, pp.97-106. Rosario: UNR Editora.
- Hoerder, D. (1995). Mercados de trabajo, comunidad, familia: un análisis desde la perspectiva del género del proceso de inserción y aculturación. *Estudios Migratorios*

Latinoamericanos, 30, 249-276.

- Laplantine, F. & Nouss, A. (1997). *Le Métissage*. Evreux: Flammarion.
- Morin, E. (1988). *Pensar Europa. La metamorfosis de Europa*. Barcelona: Gedisa.
- Morin, E. (2005). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Morin, E., Roger Ciurana, E. & Motta, R. (2002). *Educación en la era planetaria*. Barcelona: Gedisa.
- Nancy, M. (Dir.). (1998). *Les Arabes du Levant en Argentine*. Aix-en-Provence : Institut de Recherches et d'Etudes sur le Monde Arabe et Musulman, CNRS- Universités d'Aix-Marseille.
- Pozzo, M. I. (2006). Cuando aprender español implica cambiar de sistema de escritura: el caso de los adultos japoneses de nivel inicial. En M. I. Pozzo, (coord.), *Enseñanza del español como lengua extranjera en Argentina: experiencias y reflexiones*, pp.83-96. Rosario: UNR Editora.
- Pozzo, M. I. (Ed.) (2009). *Migraciones y formación docente. Aportes para una educación intercultural*. Berlín: Peter Lang.
- Raymond, A. (Ed.). (1980). *La Syrie d'aujourd'hui*. Paris: Éditions du CNRS.
- Rodinson, M. (1991). *Les Arabes*. Paris: PUF.
- Sagastizábal, M. A. (2006). Aprender y enseñar en las sociedades actuales. En M. A. Sagastizábal, (coord.), *Aprender y enseñar en contextos complejos. Multiculturalidad, diversidad y fragmentación*, pp. 21-106. Buenos Aires: Noveduc.